

po al diácono Marano; hombre de un mérito extraordinario; pero el Papa Adriano reputó mas útil instituirle legado con destino al concilio general, y dió á los búlgaros otro arzobispo que no fue de su agrado. Indispusieron poco á poco todas estas contrariedades el ánimo del Rey, de suerte que principió á inclinarse á Constantinopla, y ordenó que resolviesen allí á qué patriarcado debia pertenecer la iglesia de Bulgaria.

Mandó el Emperador algunos dias despues de la conclusion del concilio que se reuniesen los legados del Papa con el patriarca Ignacio y los vicarios de oriente para oír á los embajadores de los búlgaros; y el principal de ellos llamado Pedro, se esplicó así: „como acabamos de recibir la gracia del cristianismo, tememos engañarnos y deseamos saber de vosotros que representais á los patriarcas si debemos depender inmediatamente de la iglesia de Roma ó de la de Constantinopla.” A lo que respondieron los legados del Papa: „nosotros hemos dado fin á los negocios para que nos habia autorizado la Silla apostólica; y aunque acerca del punto de que habeis hablado no tenemos poderes especiales, sin embargo consideramos que vuestro Rey se sometió con todo su pueblo á la iglesia romana, y que vuestro pais está todavía lleno de eclesiásticos nuestros; por lo que decimos en cuanto podemos que debéis pertenecer exclusivamente á aquella iglesia.” Dijeron al contrario los legados de oriente, que pues en lo antiguo componia la Bulgaria parte del imperio griego con

el nombre de Dardania, y al conquistarla los búlgaros hallaron en ella sacerdotes griegos y no latinos, debia reputarse este pais como sujeto á la jurisdiccion de Constantinopla. „No tratamos aquí, replicaron los legados romanos, de la division de los imperios, sino tan solo del orden gerárquico. Nadie ignora que la Dardania y el Ilirico entero estuvieron bajo el poder de la iglesia romana. Por consecuencia, nada ha usurpado Roma á Constantinopla, sino que ha entrado otra vez, y ésta á ruegos de los mismos búlgaros, en la posesion de unos derechos cuyo ejercicio habia estado interrumpido con motivo de su irrupcion y de su paganismo.”

No convencieron estas razones á los legados de oriente, á quienes el Emperador habia hecho saber ya la conformidad de su modo de pensar. Ganaron, pues, de dia en dia dando principio á una especie de interrogatorio; y afectando dominar á los romanos, se revistieron de la autoridad de jueces. Juzgaron los legados que habia sido violada la dignidad de la Silla apostólica, de lo que resultaron disputas muy vehementes, resentimientos por ambas partes y palabras bastante ofensivas (1). „La Silla de Pedro, dijeron los romanos á los orientales, esa Silla cuya superioridad debeis conocer, y confesar que ella sola tiene derecho de juzgar en toda la Iglesia, no os considera como árbitros de sus intereses. Por lo demás, sabed que condenará vuestra sentencia con tanta facilidad, cuanta ha sido vuestra precipitacion en pro-

(1) *Vit. Adrian. II. sub. fn.*

nunciarla." Entonces desentendiéndose de todo miramiento los legados del patriarca, dijeron con acrimonia: „es muy extraño que vosotros los romanos, que habeis sacudido el yugo de los Emperadores legítimos para entregaros á los francos, pretendais todavía alguna jurisdiccion en los estados de nuestros Soberanos. Por tanto, juzgamos y declaramos solemnemente que el pais de los búlgaros, que estuvo en lo antiguo bajo la dominacion de la Grecia y tuvo sacerdotes griegos, debe por el cristianismo volver á la iglesia de Constantinopla de que habia sido separado por la idolatría. Y nosotros, replicaron los legados del Papa, anulamos y declaramos de ningun valor hasta que decida la santa Sede esta sentencia inconsiderada y dictada por la presuncion y por la lisonja, siendo constante que por lo menos se ha dado sin que vosotros hayais sido elegidos ni reconocidos en calidad de jueces." Dirigiéndose despues al patriarca Ignacio, le suplicaron encarecidamente que respetase los derechos de la iglesia romana su protectora, y que no egerciese ningun acto de jurisdiccion en la Bulgaria; pero con la reserva de recurrir en la forma ordinaria á la Silla apostólica, si creía tener algun justo motivo de queja. Ignacio respondió con la modestia y moderacion que debia esperarse de un Santo, pero sin declararse abiertamente. Por lo que hace al Emperador, aunque era naturalmente moderado y disimuló entonces su enojo, no tardó en dar á entender que estaba muy irritado con los romanos.

8. Despues de convidarlos á comer en su propia

mesa y de haberles hecho muchos regalos, se trató de ponerse en camino para volver á Roma, y el Emperador no les dió mas que un solo criado para que los condujese á Durazzo, donde debian embarcarse. Ninguna orden se habia dado para la comodidad ni para la seguridad de su viage; por lo que se vieron reducidos á aventurarse en el primer navío que se les presentó, y cayeron en manos de los esclavones, los cuales los trataron en las costas de Grecia de un modo capáz de hacer sospechar que procedian en virtud de orden secreta de Basilio. Les quitaron el original de las actas del concilio en que estaban las firmas de los obispos. Los griegos no consiguieron las firmas del formulario que era lo que mas ansiaban, porque los legados que con la primera tentativa habian aprendido á estar alerta, las habian entregado á los embajadores del Emperador Luis. Disgustados estos en extremo al ver que disputaban á su Soberano las prerogativas y el título de Emperador, habian roto la negociacion de que estaban encargados, y saliendo antes que ellos tomaron distinto camino. Anastasio conservó las actas del concilio como uno de estos embajadores, y las tradujo al latin con mucha exactitud y fidelidad. En el prólogo de su version protesta, que todas las diferencias que hay en los egemplares griegos, las inventó un pueblo poco delicado en la fe pública; y que despues de haber hecho varias adiciones á las actas de los seis últimos concilios generales para elogiar á su iglesia, habia insertado tambien en el octavo como si fuese un de-

creto suyo la sentencia pronunciada por los legados orientales acerca de la Bulgaria despues de la conclusion de este concilio. Los piratas pusieron en libertad á los legados de Adriano á instancia del Papa y del Emperador Luis, quienes llegaron á Roma á fines de este año. El Sumo Pontífice ratificó el concilio, esceptuando el artículo de los búlgaros que á decir verdad no se habia decidido en él, y sin embargo tuvo el mas cumplido efecto. Tal era, á pesar del estado lastimoso de su imperio, la rivalidad de los griegos no menos envidiosos del poder político de los occidentales que de la grandeza de la iglesia romana.

Doblóse el virtuoso patriarca Ignacio á las razones divinas y humanas que se le alegaban justas ó injustas para moverle á defender el honor de la iglesia griega, y á no perder ninguna clase de sus derechos. Así es que á pesar de las representaciones y amenazas de Roma, se conformó con las decisiones de los patriarcas de oriente y de los doctores de su nacion, ordenando que saliesen de Bulgaria los misioneros romanos, estableciendo en aquel reino un arzobispo y muchos obispos, y conservando hasta la muerte la jurisdiccion de las iglesias del pais.

9. Descolló entre los obispos que concurrieron al octavo concilio, no solo por su perseverancia sino tambien por su celo en promover la conversion de los nestorianos, eutiquianos y musulmanes, Teodosio Abucara, esto es, padre ó metropolitano de Caria, quien habia desertado del partido de Focio por re-

unirse á Ignacio (1). Carecian entonces aquellos sectarios de la aspereza que los distingue en el dia con respecto á los cristianos que les hablan acerca de la Religion. Teodosio tuvo con ellos muchas conferencias, en las que procura probarla por el modo con que se estableció y por los milagros: y se esplica acerca de la Eucaristía en unos términos, que demuestran hasta la evidencia la perpetua uniformidad de la fe de todas las regiones en este adorable misterio. Riéndose de él uno de aquellos infieles clamando que era cosa absurda é imposible: „¿no conoces, le replicó, que el espíritu de Dios es omnipotente? Pues en virtud de este poder se cumple nuestro misterio. Coloca el sacerdote en el altar el pan y el vino, y luego invoca al Espíritu Santo que descende á la ofrenda, y mediante su divinidad convierte el pan y el vino en cuerpo y sangre de Jesucristo.” Escuchaban los infieles con bastante docilidad estos discursos, que disminuían sus preocupaciones y parece que talvez les causaron alguna impresion; pero no vemos sin embargo que estas semillas produjesen ningun fruto sólido en aquellos oyentes frívolos y voluptuosos.

10. Conservaban los bárbaros del norte su antigua ferocidad, y los normandos ó dinamarqueses egercian su furor infestando todos los mares y todas las costas del Océano. No pudieron los ingleses evitar en su isla las mas funestas invasiones (2). Ya en tiempo del Rey Ethelulfo habian hecho en sus esta-

(1) *Bibl. PP. Tom. 1. G. L. pag. 369.* (2) *Vuill. Malmesh. pag. 41. = Ingulf. pag. 865. = Matth. Vustm. ann. 870.*

dos aquellos formidables piratas algunas tentativas, que por entonces no tuvieron grandes consecuencias. Mas en los infelices reinados de sus tres hijos Ethelbaldo, Ethelberto y Ethelredo, trataron á los ingleses del mismo modo que á los vasallos de la débil posteridad de Carlo-Magno. Habiendo desembarcado en el reino de Estangle, penetraron hasta Nortumberland, se apoderaron de la ciudad de York, y asolaron todo el pais vertiendo la sangre de las personas consagradas á Dios.

11. Destruyeron el monasterio de Bardeney y mataron á todos sus monges en medio de la iglesia. El de Lindisfarne, en el que habia silla episcopal, el de Tinemouth, los de Viremouth y el de Jarou á los cuales habia dado tanta celebridad el venerable Beda; en una palabra, todos los monasterios mas insignes fueron tratados con una crueldad inaudita. No lograron mejor suerte las comunidades de religiosas: estas dignas esposas de Jesucristo miraban con indiferencia la muerte y los tormentos, siempre que pudiesen salvar su honestidad. Al acercarse los bárbaros al monasterio de Collinham, llamó á capítulo á sus religiosas la abadesa Ebba, y sacando una navaja las dijo: „ved aquí un medio seguro para librarnos de la insolencia de los idólatras.” Pronunciadas estas palabras, se cortó la nariz y el labio superior hasta los dientes, siguiendo su egemplo todas las religiosas. Retiráronse llenos de horror los normandos al verlas tan desfiguradas, pero entregaron á las llamas la abadía con todas estas castas heroínas. Edmundo, Rey

de Estangle, padeció tambien una muerte gloriosa á los ojos del Señor, habiendo sido atado á un árbol donde le asaetearon y degollaron á 20 de Noviembre del año 870, en cuyo dia le honra la Iglesia como mártir.

El abad de Croyland, Teodoro, anciano venerable que gobernaba santamente aquel monasterio, y habia desempeñado este cargo por espacio de sesenta y dos años, esperó en el reino de Mercia, cuyas tropas habian sido derrotadas por los bárbaros, que los vencedores se compadecerian á lo menos de los monges de mas avanzada edad y de los niños que se educaban en aquella casa. Quedóse, pues, con los que apenas podian escapar á causa de sus muchos años, y dispuso que los mas robustos, cuyo número era de treinta, se ocultasen en los parages pantanosos y en las selvas, llevándose las reliquias, los títulos ó escrituras del monasterio y los efectos mas preciosos. Presentáronse los bárbaros de allí á un breve rato: habíanse entretanto el abad y los religiosos que le acompañaban puesto las vestiduras sagradas, y en esta forma se dirigieron al coro y cantaron el oficio divino celebrando Teodoro la misa mayor. Luego que comulgó con los que le asistian en el altar, entraron de tropel los bárbaros en la iglesia; su Rey Osketul degolló por su propia mano al abad en el mismo altar, y otros caudillos cortaron la cabeza á sus asistentes. Huyeron del coro los viejos y los niños; pero fueron detenidos y atormentados cruelmente para que descubriesen los tesoros de

la iglesia. Quedó muerto en el refectorio el subprior en presencia de Tutgar que no tenia mas de diez años, y que en vez de poseerse del miedo pidió con grandes instancias que le quitasen la vida como lo habian hecho con su superior. Un conde normando llamado Sidroc, se compadeció de este niño que era muy bien parecido; le quitó la cogulla y le vistió al estilo de Dinamarca, habiendo sido el único que se libró de aquella carnicería. Los bárbaros habian puesto fin á todos los monges sin descubrir los tesoros que esperaban, y fueron á buscarlos dentro de los sepulcros, hasta que despechados al ver que nada hallaban, amontonaron todos los cuerpos santos que se conservaban allí, sin perdonar al de San Guthalco que era en extremo venerado por todo el pais, y los entregaron á las llamas juntamente de los libros sagrados. Quedaron igualmente reducidas á cenizas la iglesia y toda la fábrica del monasterio.

Tuvo fin esta horrible expedicion en tres dias, y al punto se encaminaron los bárbaros al monasterio de Medesgamested. Habian tomado todas las disposiciones que juzgaron oportunas para su defensa, y empeñada la accion quedó herido de gravedad el hermano del conde Hubba. Subió de punto mas y mas con esto el furor de los normandos, de modo que fue imposible poner freno á su ímpetu á pesar del vigor con que resistieron á los dos primeros asaltos. Ansiaba el feroz Hubba verter la sangre por su propia mano de todos los que llevaban hábitos monacales, y vertió en efecto la de ochenta y cuatro.

En seguida demolieron los altares, destruyeron los sepulcros, hollaron las reliquias, rasgaron las escrituras, abrasaron la preciosa biblioteca que habia en el monasterio, la iglesia y toda su fábrica, de modo que estuvo ardiendo quince dias.

El jóven Tutgar que habia conseguido la ocasion de fugarse, tornó al monasterio de Croyland, donde encontró á los treinta monges que se habian fugado, quienes se ocupaban en apagar el incendio que duraba todavía, y les contó que habian perecido el abad y todas las personas del monasterio. Fue necesario estar cavando ocho dias para hallar en el último cerca del altar el cuerpo del abad sin la cabeza, enteramente desnudo, medio quemado, deshecho con las ruinas del edificio, y hundido en la tierra. Buscaron del mismo modo á todos los demás para darles una sepultura honrosa; y encontraron á muchos lejos de los lugares en que habian sido muertos, porque despues de haberles quitado la vida los arrastraron ignominiosamente. Los historiadores mas fidedignos refieren así este suceso que caracteriza á los normandos de aquellos tiempos, y que juntamente muestra la rabia y furor á que se abandonaron entonces, pudiendo servir para formar juicio del modo con que se portarian en las demás irrupciones que hicieron (1).

12. No estorbaban estos peligros, que amenazaban con especialidad á la Religion cristiana, el egercicio de las grandes virtudes en Inglaterra, siempre digna del

(1) *Matth. Vustm. ann. 870. = Ingulf. pag. 886.*

nombre glorioso de *tierra de los Santos* (1). El abad Neot florecia entonces en el reino de Ouessex, aun mas ilustre por su santidad que por estar emparentado con los Reyes. Desde la infancia habia sido instruido en la piedad no menos que en las letras, y aun no bien habia tocado la edad de poder presentarse con brillantéz en el teatro del mundo, cuando se retiró de él para abrazar la vida religiosa en Glastemburi. Rayaba tan alto su mérito, que no podia menos de darse á conocer en cualquiera estado. Oyendo hablar de él su obispo le llamó y le ordenó de diácono; poco despues le ordenó de sacerdote á pesar de la resistencia que opuso. Adquiriéronle la mas alta reputacion sus virtudes, su raro ingenio, y sobre todo el don singular que poseía de conmover los corazones y de obrar milagros. Al verse tan honrado y distinguido, su humildad, esto es, la virtud que mas brillaba en él le inspiró el pensamiento de retirarse de Glastemburi. Pasó pues al pais de Cornualles con un solo compañero llamado Barri: anduvo errante algun tiempo por las selvas y montes, y se situó en un lugar llamado Neoteston, con alasion á su nombre, donde permaneció siete años. Marchó á Roma desde allí, y al darle el Papa la bendicion le mandó que hiciese uso del ingenio que le habia concedido el Señor. Neot resolvió desde entonces sacrificar el amor de la vida privada y obscura á la salvacion de sus hermanos; y tornando al sitio de su retiro donde principiaba á apagarse el primitivo ardor de la vida

(1) *Act. SS. Bened. tom. 6. pag. 324.*

monástica, levantó un monasterio que la restituyó á su antiguo lustre. Fue causa la fama del santo fundador de que concurriese á él un gran número de discípulos de todas partes. Iban los caballeros mas principales á ofrecerle sus propios hijos, y aun muchos de ellos se ponian bajo su direccion. Jamás disminuyó por ningun pretesto ni con motivo de la edad el rigor de sus austeridades, y cuentan de él que despreciando la ancianidad y el frio de las estaciones, solia hundirse en una fuente y permanecer dentro de ella todo el tiempo que necesitaba para rezar el salterio. Murió el dia 31 de Julio del año 877. San Neot era de muy corta estatura; y así para celebrar la misa subia á una tarima que se conservó despues como reliquia.

43. Las irrupciones de los bárbaros que eran mas frecuentes en Francia que en Inglaterra, no habian estinguido tampoco en aquel reino el celo de la disciplina: de lo que conservamos un documento precioso aunque relativo á un asunto particular que solo interesaba directamente al obispo de Laon, llamado Hincmaro como su tio materno el arzobispo de Rems (1). Hincmaro de Laon debia toda su fortuna á su tio que le sacó del Boloñés donde habia nacido, encargándose de su educacion; colocóle despues en su misma iglesia, y le elevó á la dignidad de obispo. El jóven Hincmaro carecia de la gravedad conveniente para este augusto carácter, y muy pronto se hizo

(1) *Tom. 8. Conciltor. pag. 1660. = Epist. et Opusc. Hincmar. = Annal. Bertin.*

tan imperioso como su tío, olvidando empero su prudencia, pues no había para él otra regla de conducta que un orgullo extravagante. Cometió mil vejaciones indignas contra los vasallos del Rey Carlos, faltó al respeto debido al Soberano procediendo con una insolencia que se parecía á la rebelion, trató con desprecio á los obispos, y dió grandes disgustos al arzobispo su tío, su metropolitano y su insigne bienhechor. Procuró al principio Hincmaro de Rems poner freno á los excesos de su sobrino, empleando para ello cuantos medios dictaba la prudencia, y aun le defendió eficazmente en una asamblea que se celebró en Pitres del Sena, en la que pretendia el Rey que se le condenase. Mas habiendo seguido este obispo una conducta aun mas irregular y violenta por un efecto de su inconsideracion y de sus pocos años, se declaró contra el arzobispo sin atender á los vínculos de la sangre, y este solo pensó ya en usar de la autoridad de los cánones.

Celebráronse efectivamente muchos concilios contra el obispo de Laon. Citáronle para el de Verberie el año 869; y como el Rey se empeñaba en llevar á cima este asunto, se vió en la necesidad el obispo de presentarse, á pesar de su grande arrogancia. Prevoyó que no evitaria la condenacion á que se habia hecho acreedor, y apeló al Papa como lo egecutó anteriormente en la asamblea de Pitres. El Rey por el contrario le obligó á que residiese en el palacio real de Sylvac ó Servais, receloso de que si pasaba á Roma intrigaria mucho empleando ingeniosos medios.

Intimó entonces este prelado imprudente á los eclesiásticos de su diócesis un entredicho general de todas las funciones del ministerio sagrado; censura que carecia de egemplar hasta aquellos tiempos en cuanto á su generalidad, aunque se habian visto muchas particulares. No obstante, se observó con tanta exactitud que en el dia inmediato que era domingo no se celebró ninguna misa en la ciudad ni en las demás iglesias de la diócesis que recibieron la órden. Observóse solo por espacio de cinco dias que fue el tiempo que se necesitó para consultar al sabio metropolitano, quien prohibió que se observase un entredicho tan contrario á la razon como á la edificacion pública.

14. Obligaron tambien el año siguiente al obispo de Laon á que se presentase al concilio de Attigni, sitio real á las orillas del rio de Aine, al que concurrieron los prelados de diez provincias. El obispo publicó para indisponer y sublevar los ánimos contra su tío que era su mayor enemigo, algunos escritos justificativos que no contienen cosa notable como no sea la autoridad atribuida desde entonces á las falsas decretales. No se detuvo Hincmaro de Rems, prelado el mas erudito de su siglo, en impugnar la larga colleccion de estas defensas compiladas por su sobrino. Manifestó sí con igual estension que la Iglesia, invariable en el dogma, altera algunas veces las reglas de su disciplina; y persistió con una erudicion y discernimiento exquisito en la deferencia que se debe á los cánones recibidos por la Iglesia, y consagrados por el uso constante de todos los tiempos y lugares.